COLECCIÓN
iroko

DESDE LA OTRA ORILLA

Celima Bernal García

EDICIONES
AURELIA

PALABRAS

Sin pretensión alguna de profundizar en materia en la que tantas y tan valiosas figuras han incursionado, comencé hace tiempo a crear estas leyendas. Estudié las imprescindibles obras de Lydia Cabrera, facilitadas generosamente por Fernando G. Campoamor. En sus libros hice acopio de refranes, plegarias, expresiones y ritos. Consulté a conocedores que gentilmente me ofrecieron su ayuda. Desperté datos que dormían en mi memoria un largo sueño.

El mérito, si alguno tengo, se reduce a la pasión con que las he creado, y sobre todo a la inmensa admiración y al respeto que siento por las fuentes donde he bebido. ¡Ojalá sirvan de alguna utilidad para la difusión de lo cubano, estas narraciones cuya influencia lucumí pretende ayudar a conservar la herencia cultural traída entre cadenas desde la otra orilla!

No son patakines ni *ipitás* auténticos; antecede al parto de estas, una gestación iniciada 50 años atrás, en aquellos inolvidables mediodías provincianos. Mediodías de cuentos junto a los lavaderos del patio mientras Yiye, la vieja cocinera, halaba los mechones engrasados de su cabello y pasaba por ellos el peine caliente que producía ese chirriante olor a grasa quemada con el cual aún la asocia mi memoria.

Llevaba siempre un pedacito de alcanfor dentro de una bolsa pequeña, prendida a su ancha bata blanca; untaba bengué en sus sienes, y se ponía gajos de albahaca tras las orejas; "para espantar las guasasas", pero a mí me aseguraba entre dientes: "es que es bueno".

Era el suyo, un delicioso maniqueísmo tropical: "¿La yagruma?, ¡jum!, mala; ¿la muralla?, muy, muy buena; el embeleso es malísimo y el palo vencedor, divino". Era malo que los sillones se mecieran solos, y hubiera sido lo mejor, poner una herradura detrás de la puerta.

Recibí de ella, largos y difíciles entrenamientos: "Si silbas, se enfurece Elegguá; no se puede cortar un limón en cuatro partes. Te dije que el collar verde y amarillo pertenecía a Orula, no a Obbatalá. Di: Shangó; Changó, dicen los blancos..."

Fui crédula, no creyente. Era muy fuerte la influencia familiar y social. Por supuesto, durante largo tiempo compartí la célebre contradicción del "Vasco Fiero", aquel cuya razón le hacía comprender que no podía existir un Dios, pero su miedo...

Entendí todo muy claramente cuando mi hijo mayor comenzó a caminar. Hasta ese momento, se había mostrado temeroso; a los dos o tres pasos vacilaba y caía al suelo. Mamá le dio un limón, y el niño avanzó confiado aferrándose a él, seguro de no caer. Si rodaba el limón, alzaba los bracitos, lloraba, perdía el equilibrio, hasta que alguien le alcanzaba el que imaginaba indispensable sostén. Hay quienes no han aprendido a andar solos, y necesitan del limón para avanzar vida adelante. A veces debo confesarlo así, me he sorprendido tratando de alcanzarlo.

Angustiada por la partida de uno de mis hijos hacia una misión internacionalista; el temor se hizo murmullo: "Padre nuestro, que estás en los cielos...", "*Babá gbá tin nbé, lorún ogbó...*", en aflorar de dormidas dicotomías existenciales.

Ha habido momentos en los cuales me he sentido desvalida, con los brazos en alto, con los ojos mojados; entonces he mirado a mi alrededor y me he dicho: "Un paso más, piensa que el limón no te sostiene, tú lo sostienes a él, tú sí puedes".

Claro está, es necesario investigar la verdadera razón de las cosas; pero es importante disfrutar de su poesía; tener fe en las propias capacidades, aunque de vez en cuando busquemos lo que sabemos pequeñas partículas errantes en el espacio, e imaginemos a las estrellas fugaces pasar en vuelo frente a nuestra ventana, solo para concedernos con su destello, un anhelo.

De la mano de esa fantasía, regreso a mi infancia, y estoy de nuevo junto a "Mamá Nega" ; ella lava mis manos untadas de acíbar y me promete pan "chorreao" y muchiiiiiiiiiisimas papas fritas, si dejo de chuparme el dedo que "... güélelo, fo, güele a caca de gallinas".

Embadurna con nata mi cara, en ineficaz empeño, porque, "hijita, a ustedes, los blancos, se les estropea mucho el pellejo ". Me hace papelillos, mientras se queja de "ese pelo finito que no hay Dios que meta por vereda

i Yiye!

En mi sexto cumpleaños me regaló un secreto que había inventado para ella su abuelo esclavo, antiguo rey lucumí: la manera de hacerse dueño de todas las cosas. El mito ancestral salía por sus labios con voz grave: "Basta desear mucho algo, para tenerlo". "Cosa quen quiera tokán tokán, cosa son tuyo, no lo puen quitá, no señó, no lo puen quitá, no señó, ni la mimitica Dio", le había dicho el abuelo.

A partir de ese día fueron mías las espigas sumisas que coronaban en oleaje rosado a la yerba del patio, los caracoles rayados que subían por la corteza áspera del mango, las plumas de los colibríes y las muñecas aburridas en los polvorientos estantes de la juguetería cercana. Míos eran los hilos de agua que caían desde la rana de piedra hasta la fuente del jardín, mías las canciones y míos los versos.

Cuando Papá y los tíos se alarmaban de mi manía de poseerlo todo, y repetían frases que sonaban tan raro como: "deformación de la personalidad", ella guiñaba un ojo y me decía: "¡Ay, piojito, los blancos no entienden nunca nada!"

Un día trajeron un perrito para mí. Me abracé feliz a su cuerpo peludo y reí cuando lamió mis manecitas; ambos temblábamos de dicha y de miedo. Esa noche nadie durmió en casa; el animalito lloraba lastimosamente. Mamá decidió que no nos quedaríamos con él. En la cocina, una mano morena secaba mis lágrimas con ternura, mientras me consolaba: "Es tuyo", decía, "solo que vive lejos". Y repetía la fórmula mágica: "Quiérelo mucho, eso basta, ya verás".

Comentaba Mamá unos días más tarde: "Si nos hubiéramos quedado con el cachorro, no habríamos podido dormir".

Entonces, era cierto, deduje con lógica conformista, el perrito me pertenecía; yo era la única que no había dormido por su causa.

Desconocía en aquel momento algo que con los años aprendí muy bien; la soledad es el animal que más aúlla en las noches, la nostalgia desvela con sus gritos.

Los demás niños se burlaban de mí y de mi felicidad. La burla es hija de la envidia y del miedo; hermana de la impotencia y de la frustración.

"Mírenla", decían, "ella es la dueña del perrito que se llevaron y del carey disecado de la sala, de los zapatos de la Cenicienta y del mar. Son suyos los lazos de todas las niñas del mundo, y el nido de los sinsontes, el brillo de las estrellas y la lámpara de Aladino".

Pasaron los años. Yiye no está. Se fue Mamá Nega de la vida, con su andar altanero, con su prestancia, con su dulzura disimulada en una cáscara dura. No volverá nunca más a narrarme aquellos cuentos de congos: "Tú me'embita, tú me'embita, tú me'embisa, tú me' embisa... "

No soy ya la niña de las trenzas rubias que se recostaba en su regazo oloroso a vetiver, a Agua de Florida y a jabón de Castilla, pero siempre la recuerdo con el mismo cariño entrañable

He pensado muchas veces que todo lo logrado, ha sido mío porque lo he deseado de verdad; que todo lo perdido se me ha escapado porque no lo quería bastante.

Ahora que acabo de revelarte su secreto mágico, créelo tú también así: si lo amas mucho, el perrito te pertenece. Algunas noches el aullido de la ausencia va a impedirte dormir. Solo entonces comprenderás cuán tuyo es realmente.

La Habana, septiembre del 86

ÍNDICE

PALABRAS | **XIII**

CUATRO HOJAS | **1**

DOS BIENES PARA TU MAL | **8**

LA NIÑA SIN SUEÑOS | **13**

LA SANDALIA PERDIDA | **18**

BANKOYÉ Y OROMÍ | **22**

ONLÁS (LOS CAMINOS) | **26**

YENKEMÍ | **29**

OBINÍ (MUJER) | **34**

KUYAMBI | **37**

OSÚKUÁN | **43**

Y POR ESO ES ASÍ... | **46**

EL OTRO RÍO | **49**

Y ES VERDAD | **53**

¡EN PEZUÑA, EN ESCAMA, EN ALA! | **56**

IYÁ | **59**

BABANLÁ (EL ABUELO) | **64**

GÉNESIS | **70**

DÍSELO A ODDÚA | **73**

MITOS Y DIVINIDADES | **76**
Un lugar para la mitología cubana | **76**
La Regla de Ocha | **76**
Orishas del Panteón. | **77**
Shangó, jorocón, fiestero y machista | **77**

GLOSARIO | **79**